

LAS VIGENCIAS Y LOS MITOS

...España está tan sobrada de símbolos, de mitos y de supersticiones como falta de ideas.

(Del diario «Arliba», 26 Enero 1958)

Se suele entender corrientemente por valor, en sentido estrictamente condicionado a la circunstancia humana, toda aspiración colectiva, creencia común o actitud mental compartida en una generación o en una civilización. El hedonismo, por ejemplo —el culto al cuerpo, al placer y a la belleza física—, constituye uno de los valores de la civilización helénica. Este valor perdió vigencia cuando el mundo mediterráneo se cristianizó, y establecerlo así no implica ignorancia ni menosprecio del arte de Praxíteles, ni referencia alguna a Praxíteles ni a su arte.

Pero —recogiendo alguna pelota que nos han jugado mal— vamos a permitirnos establecer que en la actualidad, y por imperativo ineludible de honestidad mental, somos legión los que reverenciando la memoria artística de los maestros de los siglos XVI y XVII, nos negamos a seguir en su misma línea de pensamiento. A despecho de quienes no lo quieran reconocer así o no tengan conocimiento de los hechos, en Occidente han ocurrido, de entonces acá, acontecimientos importantes a cuyo tenor la estimativa y la sensibilidad han experimentado modificaciones sustanciales, y en cuya virtud han prescrito, hasta en las conciencias más pretendidamente tradicionalistas, numerosas nociones que informaron tantas páginas, excelentes como piezas literarias, de nuestros clásicos. Han prescrito, entre otros conceptos generales, la noción de la realeza como institución política de derecho divino; la de la superioridad indiscutible de la propia nacionalidad; la de menosprecio apriorístico de las culturas exóticas; la de subordinación de la Economía a la razón de Estado, etc. etc. Y es innegable que la mayoría de los grandes maestros —de la expresión, que no del pensamiento— del Siglo de Oro de nuestra literatura se sirvieron de su por lo general asombroso dominio del concepto, de la metáfora o del arte de la descripción para abundar en apreciaciones inexactas del tenor de las señaladas.

Precisamente el literato excelso suele ser el que acierta a arropar con el manto de púrpura del gran estilo las preocupaciones —a veces baladíes, a veces descabelladas— de sus contemporáneos. Napoleón decía que toda la grandeza literaria de «La Ilíada» no desvirtuaba el hecho de que la guerra de Troya, tal como debió desarrollarse según el relato de Homero, fué un puro disparate táctico, una sangrienta «pedrea de muchachos»; y la apreciación que a Napoleón le merecía la estrategia de los caudillos de «La Ilíada» puede aplicarla cualquiera de nosotros a la grosera moral homérica, criticando la brutalidad de aquellos caudillos con alientos de cíclope y cerebro de hormiga

que ponían descaradamente en peligro, por un quitame allá esa moza, una empresa colectiva que no era a su vez, según establece la crítica histórica, sino una operación depredatoria de gran estilo, carente por completo de móviles elevados que le sirvieran de justificación política. Y todo esto, a despecho de que «La Ilíada» pueda ser, y sea en realidad, uno de nuestros libros de cabecera.

Entendemos, en consecuencia, que una de las más urgentes tareas que tiene ante sí la intelectualidad contemporánea —en España al menos, y en Toledo concretamente y de una manera ineludible— es la desvelación de los mitos históricos y culturales, para significar, independientemente de la admiración que pueda suscitar la forma en que hallaron concreción plástica o literaria, la radical disconformidad del hombre del siglo XX con unos postulados vitales y sociales a los que —por nuestra parte— no podemos prometer fidelidad. Entre otras razones, por la de que no podemos dejar de conocer lo acontecido en la Historia desde que Toledo dejó de ser —y no por culpa de los redactores de AYER Y HOY— metrópoli del pensamiento y del arte.—REDACCIÓN.



DESPOJO

Si no fuera porque es verdad —y es cosa añeja—, parecería un manoseado tópico la afirmación de que Toledo está convertido en una gigantesca almoneda. Pero desde hace un lustro, parece que la cosa se ha agudizado. Han desaparecido ciertos impedimentos internacionales, hay muchos nuevos ricos —dentro y fuera de España—, y, además, ciertas razones cada vez se comprenden menos.

No hace muchos días hemos leído en la prensa una noticia que nos ha avergonzado: una iglesia española, desmontada piedra a piedra, ha sido embarcada en Bilbao, camino de otro país, y para siempre. Y lo que nos ha avergonzado, no ha sido el hecho en sí, sino el sentido de la información: la noticia estaba carente de cualquier clase de sentimiento de dolor, y sí repleta de un orgullo incomprensible.

Hemos oído hablar mucho y bien de los «Amigos de los Museos» y entidades afines. Aquí se podría intentar algo parecido, y en ello deberíamos colaborar todos los toledanos, presentes o ausentes, naturales o adoptivos: así se evitarían muchos despojos.

Seamos modestos: trescientos socios de cuota reducida, y las aportaciones del Ayuntamiento, Diputación y entidades culturales oficiales y privadas —en la medida de sus fuerzas—, y dentro de muy pocos años Toledo contaría con un museo, o los ya existentes no cabrían dentro de sus muros. Todo dependería del destino que se diera a los valiosos objetos rescatados: libros, codices, orfebrería, muebles, hierros, motivos arquitectónicos, pinturas, esculturas, tapices, etc.

En ello tenemos una fe profunda y humana.—F. ESPEJO.

NOTAS

Infantilismo y barbarie

Ya Huizinga señala como uno de los síntomas de la enfermedad cultural de nuestro tiempo, el «puerilismo», lo que él identifica como «confusión entre el juego y el acto serio». Y al establecer como premisa el hecho de que el mundo se haya convertido en un juguete para el hombre, no es raro, en conclusión, que el hombre se conduzca como un niño.

¿Y qué es, a fin de cuentas, ese agitado rebullir en torno a figuras inexplicablemente elevadas entre salvas de propaganda? ¿Qué significa, el servicial, casi humillante culto, o parejamente, esa repentina animadversión por esta clase de personajes, en muchos casos de baja calidad humana, sino el reconocimiento penoso de que la humanidad atraviesa una crisis de infantilismo agudo, con sus irrazonables júbilos y desencantos?

Idolos y fetiches vivientes, símbolos personalizados de una vida presurosa y sin raíces que hoy se ensalzan al pináculo de toda admiración, más igualmente susceptibles en la versatilidad del hombre de ser un mañana inmediato cubiertos de oprobio, o en el mejor de los casos, pasar a engrosar las filas de fantasmas que sufren condena en las lóbregas estancias del olvido.

Dioses efímeros que nuestra mente desplaza en un continuado relevo de imágenes exprimidas y agotadas. Y esto no es sólo ya infantilismo, sino que se aproxima mucho a la barbarie.